

CÁTEDRA INSTITUCIONAL LASALLISTA 2017

**TEJER TIEMPOS DE PAZ:
JUSTICIA SOCIAL, CAMINO A LA DIGNIDAD**

Editores académicos

CLARA INÉS CARREÑO MANOSALVA

JOSÉ LUIS JIMÉNEZ HURTADO

UNIVERSIDAD DE
LA SALLE

Cátedra Institucional Lasallista 2017 : tejer tiempos de paz: justicia social, camino a la dignidad / editores académicos, Clara Inés Carreño Manosalva, José Luis Jiménez Hurtado [y otros dieciocho autores]. - Primera edición. - Bogotá : Ediciones Unisalle, 2019.
212 páginas ; 24 cm.

Incluye referencias bibliográficas.
ISBN 978-958-5486-51-5 (impreso)

1. Justicia social – Colombia 2. Educación para la paz – Colombia 3. Desarrollo social – Colombia I. Manosalva Carreño, Clara Inés II. Jiménez Hurtado, José Luis III. Título

CDD: 303.372 ed.22
CEP- Univeridad de La Salle. Oficina de Bibliotecas

ISBN: 978-958-5486-51-5

ISBN digital: 978-958-5486-52-2

Primera edición: Bogotá D. C., abril de 2019

© Derechos reservados, Universidad de La Salle

Ediciones Unisalle

Cra. 5 # 59A-44, Edificio Administrativo, piso 3

PBX (57-1) 348 8000, ext. 1224

edicionesunisalle@lasalle.edu.co

Dirección editorial
Alfredo Morales Roa

Coordinación editorial
Ella Suárez

Corrección de estilo
Camilo Andrés Sierra

Diagramación
Andrea Julieth Castellanos Leal

Imagen de portada
Dora Milena Moreno Gamba

Impresión
Panamericana Formas e Impresos S. A.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier procedimiento, conforme a lo dispuesto por la ley.

Impreso y hecho en Colombia
Printed and made in Colombia

Contenido

Introducción	9
CLARA INÉS CARREÑO MANOSALVA JOSÉ LUIS JIMÉNEZ HURTADO	
De la sociedad que vivimos a la sociedad que deseamos. Discusiones en torno a la justicia social	13
De la sociedad que vivimos a la sociedad que deseamos: discusiones en torno a la justicia social	15
P. FRANCISCO DE ROUX, S. J.	
De la sociedad que vivimos a la sociedad que deseamos: discusiones en torno a la justicia social	37
DIEGO FERNANDO BARRAGÁN GIRALDO LUIS ENRIQUE QUIROGA SICHACÁ FABIO ORLANDO NEIRA SÁNCHEZ CATALINA LÓPEZ GÓMEZ	
Diálogo interreligioso para construir la justicia social	53
Diálogo interreligioso para construir justicia social	55
P. DARÍO ECHEVERRY	
Iglesias y construcción de la paz	63
JAVIER POLANÍA GONZÁLEZ JUAN CARLOS RIVERA VENEGAS JOSÉ LUIS JIMÉNEZ HURTADO	

Diálogo interreligioso para favorecer la paz, la justicia y la reconciliación: la apuesta de la Iglesia menonita en Colombia	81
JENNY PIEDAD NEME NEIVA	
Pluralismo religioso, diálogo y construcción de paz	91
GINA MARCELA REYES SÁNCHEZ JUAN MANUEL TORRES SERRANO	
Experiencias constructoras de paz	101
Quitarnos las vendas para vernos todos como iguales: el proyecto Los Bibliotecarios para la Paz	103
HNO. PABLO GALVIS DÍAZ, FSC	
Educación para y por la paz: una apuesta política y de transformación social	113
MARÍA DEL PILAR BUITRAGO PEÑA CLARA INÉS CARREÑO MANOSALVA JORGE ELIÉCER MARTÍNEZ POSADA	
Tierra de Paz: acciones para institucionalizar la paz en los territorios rurales de Cauca	123
JORGE HERNÁN BASTIDAS ROSERO	
El cuidado de lo público: responsabilidades de la sociedad civil	133
El cuidado de lo público y la lucha contra la corrupción: la visión de Transparencia por Colombia y Transparencia Internacional	135

GERARDO ANDRÉS HERNÁNDEZ MONTES

**Los valores y su lugar en global coalición contra
la corrupción**

145

ANDRZEJ LUKOMSKI JURCZYNSKI

Universidad, justicia social y pacto ambiental

163

JAVIER POLANÍA GONZÁLEZ

JUAN CARLOS RIVERA VENEGAS

Conclusiones

175

**Otras educaciones para hacer las paces: una revisión
crítica de la formación de la ciudadanía para la paz**

NATALIA SÁNCHEZ CORRALES

Introducción

CLARA INÉS CARREÑO MANOSALVA

JOSÉ LUIS JIMÉNEZ HURTADO

UNIVERSIDAD DE LA SALLE

Cuando se propone una visión de la naturaleza únicamente como objeto de provecho y de interés, esto también tiene serias consecuencias en la sociedad. La visión que consolida la arbitrariedad del más fuerte ha propiciado inmensas desigualdades, injusticias y violencia para la mayoría de la humanidad, porque los recursos pasan a ser del primero que llega o del que tiene más poder: el ganador se lleva todo. El ideal de armonía, de justicia, de fraternidad y de paz que propone Jesús está en las antípodas de semejante modelo, y así lo expresaba con respecto a los poderes de su época: “Los poderosos de las naciones las dominan como señores absolutos, y los grandes las oprimen con su poder. Que no sea así entre vosotros, sino que el que quiera ser grande sea el servidor” (Mt 20,25-26)

Papa Francisco (2015, n.º 82)

En el marco del proceso de paz colombiano, la Universidad de La Salle promueve escenarios donde se tejan tiempos de paz. En la novena versión de la Cátedra Lasallista se generaron escenarios de debate democrático y de construcción de conocimiento, los cuales nos animaron a continuar este camino, así como a preguntarnos por el tipo de sociedad en la que deseamos vivir y por los escenarios que queremos construir para las generaciones futuras.

Para ello, consideramos justo abordar una discusión sobre las múltiples conceptualizaciones y problemáticas de la noción de *justicia social* que la sustenta. En un mundo donde el modelo capitalista —fundamentado en la economía de mercado— subordina la estructura institucional y las esferas de la vida social, cabe preguntarse por el lugar que tiene la *justicia* en

los sistemas normativos y las prácticas sociales y educativas. En esta perspectiva, es válido retomar como referente de este diálogo a la Iglesia católica, la cual a través de su historia ha construido un sistema de pensamiento en el que define sus puntos de vista frente a las dinámicas sociales a la luz del Evangelio. Este constructo conceptual se denomina *doctrina social de la Iglesia* (DSI) y su finalidad consiste en ayudar a promover “el conjunto de las condiciones de la vida [...] que hacen posible a las asociaciones y a cada uno de sus miembros el logro más pleno [...] del bien común” (Concilio Vaticano II, 1965, n.º 26), entendido este último como justicia social.

Frente a la postura de “a cada cual la misma cosa, a cada cual según sus méritos, a cada cual, según sus obras, a cada cual según sus necesidades, a cada cual según su posición [...] a cada cual según [lo que] la ley le atribuye” (Perelman y Chäin, 2005), la DSI plantea que la justicia es el objeto y, por tanto, la medida intrínseca de toda política. De esta manera, la política es concebida más que “una simple técnica para determinar los ordenamientos públicos: su origen y su meta están precisamente en la justicia, y esta es de naturaleza ética” (Benedicto XVI, 2005, n.º 28a). Sin embargo, frente a las dinámicas actuales, tanto nacionales como internacionales, surge la pregunta: ¿cuál es el lugar de la justicia en la sociedad?

La Cátedra Institucional Lasallista somete a debate las comprensiones que desde los actores sociales y las disciplinas académicas se tienen en torno al concepto *justicia social*. Por esta razón, buscaremos, desde la perspectiva social de la Iglesia, someter al lente de la crítica “el conjunto de las condiciones de la vida social que [deberían hacer] posible a las asociaciones y a cada uno de sus miembros el logro más pleno de la vida”, para alcanzar la justicia social y la dignidad (Concilio Vaticano II, 1965, n.º 26). Así, las preguntas que orientaron la discusión fueron:

- ¿Cómo comprende la sociedad la justicia social?
- ¿Las sociedades y democracias contemporáneas tienen como fundamento la justicia social?
- ¿Cuál es el papel político de las iglesias y las organizaciones basadas en la fe en la formación y promoción de la justicia social?

- ¿Qué desafíos tienen las universidades católicas latinoamericanas en la construcción de la justicia social?

La Cátedra Institucional Lasallista 2017 fue un espacio formador y democrático propicio para tejer tiempos de paz. Su propósito para el 2017 fue aportar elementos a esta construcción nacional que llevaran a una significación propia sobre la relación entre justicia social y paz. Para ello, la cátedra dispuso de varios escenarios pedagógicos, articulados a procesos de investigación, en los cuales fue posible debatir sobre la justicia social en relación con algunos campos de preocupación actuales, como su conceptualización, el aporte de la DSI, los retos que tiene la educación superior para superar problemas como la corrupción y el aprendizaje de experiencias comunitarias y educativas, ejemplo de posibilidad para el mundo académico.

Referencias

- Concilio Vaticano II. (1965). *Gaudium et spes*. Recuperado de http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19651207_gaudium-et-spes_sp.html
- Benedicto XVI. (2005). *Deus caritas est*. Recuperado de http://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20051225_deus-caritas-est.html
- Francisco. (2015). *Laudato si'*. Recuperado de http://w2.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si.html



De la sociedad que vivimos
a la sociedad que deseamos.
Discusiones en torno
a la justicia social



De la sociedad que vivimos a la sociedad que deseamos: discusiones en torno a la justicia social

P. FRANCISCO DE ROUX, S. J.

DIRECTOR DEL PROGRAMA POR LA PAZ DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

La reflexión en torno a la justicia social y la dignidad en el contexto de los diálogos de paz en Colombia deriva inicialmente en el planteamiento de dos preguntas centrales: ¿cuál es el papel político de las iglesias y las organizaciones basadas en la fe en la formación y promoción de la justicia social? y ¿qué desafíos tienen las universidades católicas latinoamericanas en la construcción de la justicia social? Algunas puntadas para darles respuesta serán hechas a lo largo de este texto.

Es cierto: somos una sociedad en efervescencia, extraordinariamente rica en cultura, con muchas diferencias regionales que justamente dan forma a un variado catálogo de riquezas simbólicas: canciones, relatos, historias, imaginarios... También somos un país de extraordinaria riqueza ecológica: dos océanos, el Amazonas, una geografía variada e imponente, el segundo país del mundo con mayor diversidad en ecosistemas. Tenemos además una juventud sumamente creativa y hemos logrado perseverar en un crecimiento económico del orden de los cuatro a cinco puntos en los últimos cincuenta años, a pesar de la guerra, con lo cual se muestra que realmente hay una fuerza en la productividad de los colombianos, capaces de superar enormes dificultades. Sin embargo, como se sabe, todavía no acabamos de salir de esa situación profunda de violencia que nos ha marcado históricamente. Si ustedes entran a Google e indagan por los países más corruptos del mundo, van a encontrar a Colombia, además de descubrir que es uno de los más inequitativos, donde la impunidad se sobrepone, donde la justicia no funciona.

La realidad que soñamos, la que esperamos construir, se configurará interdisciplinariamente. Es una realidad donde todos podamos vivir la alegría de ser seres humanos, con una equidad básica en la que los elementos fundamentales del alimento, el empleo, la salud, la vivienda y la educación sean asequibles para todos. Es también una realidad que clama por que la sociedad pueda disfrutar de esa extraordinaria riqueza ecológica. Las ciencias que poseemos, que combinan la economía, la matemática, la física, las ciencias básicas, la salud, la agricultura, las ciencias políticas, las ciencias humanas, etc., nos dan suficientes instrumentos para pensar en esa realidad que soñamos y para empezar a transitar el camino de la transformación.

El papel político de las iglesias y las organizaciones inspiradas en la fe cristiana para construir nuevas realidades

En primer lugar, quiero poner de presente el sentimiento de indignación que desataba en Jesús la injusticia. Cuando se leen los Evangelios, se encuentran los sentimientos de Jesús: se le ve lleno de compasión con los que están sufriendo, atravesado por el sentimiento de misericordia hacia los errores humanos y dispuesto siempre a perdonar; también se le ve invitándonos a construir la paz, saludándonos siempre con su mensaje esperanzador: “La paz sea con ustedes”. Pero ese mismo Jesús lo vamos a encontrar tremendamente indignado ante la injusticia humana. Ustedes habrán escuchado la historia de Lázaro, un pobre mendigo que permanecía echado en la puerta de un hombre rico que no dejaba que aquel se sentara en su mesa. Cuenta Jesús, para comunicar y traspasar el sentimiento que él tiene, cómo el rico se va a sufrir por toda la eternidad y el pobre se va a la felicidad. Abraham no permitirá siquiera que le den una gota de agua al rico, que estará sufriendo para siempre, el símbolo espantoso del infierno.

Pero Jesús no está hablando de la vida eterna allí, sino que está diciendo que para Dios es absolutamente inaceptable la injusticia en la sociedad y que unos tengan riquezas excesivas mientras otros se hunden en la pobreza. Así sucede hoy en día en el mundo, donde el 1 % de la población tiene la mitad de las riquezas, pero hay dos mil millones de personas que padecen hambre. Y ese mismo sentimiento de Jesús es mucho más profundo en el

escenario del juicio final, en cuya parábola simbólica él dice que va a ser el final de todos los tiempos cuando ustedes y yo seremos juzgados, y no por cuestiones religiosas, por si fuimos a misa los domingos o si nos confesamos, ni siquiera nos van a juzgar por si fuimos o no creyentes; es un juicio sobre la forma como nosotros practicamos o no la justicia.

Uno siente allí a Jesús diciendo mensajes potentes: ¡Váyanse, malditos, a la perdición eterna, que no tengan más sentido mientras tengan existencia, porque yo tuve hambre y ustedes no me dieron de comer, yo tuve sed y ustedes no me dieron de beber, yo estuve desnudo y no me vistieron, yo llegué a sus ciudades desplazado y ustedes no me recibieron en sus casas, a mí me llevaron a la cárcel y no me visitaron, yo estaba sufriendo enfermo y ustedes no vinieron a verme!

Nótese con cuánta fuerza lo dice Jesús: “¡Váyanse, malditos!” Nótese también que son todas faltas de omisión; no le están diciendo a uno que lo condenan por lo que hizo, sino por lo que dejó de hacer. En el fondo Jesús está compartiendo un mensaje tremendo: ¡era yo, estúpidos, el que estaba sufriendo en esos mendigos que hay en la calle, en esos indígenas que ustedes no aceptan, en esos negros del Chocó que ustedes excluyen! Este es el modo en que nosotros vamos a ser medidos por Dios; es de esta manera como se sabrá con quién podría contar Dios en la historia.

Asimismo, el Evangelio de Lucas puede leerse de una manera no religiosa, como quien lee tranquilamente un texto literario. Uno podría sacar esta conclusión de la lectura de San Lucas: Dios nos quiere a todos; Dios es nuestro padre; Dios tiene sentido; lo que quiso hacer Dios con todos nosotros es que hubiésemos participado en la misma mesa, a la cual todos estamos invitados. Se trata de la mesa de la creación, la mesa de todos los bienes, que todos podamos participar de un mismo pan y de las mismas posibilidades humanas. En este contexto, Lucas está muy facultado para que, en esta invitación a la mesa, pretenda que estén todos los pobres, que no se quede nadie por fuera y por eso la invitación entonces explícita de Jesús: Vayan y llamen, cuando haya banquete, no inviten a los que les puedan pagar, inviten a los que no pueden darles nada cambio, porque el banquete de Dios es empezando por los que más sufren.

En coherencia con este mensaje, el papa Francisco nos invita a que mantengamos siempre la opción preferencial por los pobres, que nadie se quede por fuera de la mesa. Jesús habla de un Dios que nos recibe a todos en la misma mesa, y por eso rezamos el Padre Nuestro, donde se clama: “Dadnos hoy nuestro pan de cada día”. Sin embargo, ocurre que la mesa no es para todos, todos no están allí sentados disfrutándola, compartiéndola; en Colombia también muchos están por fuera de la mesa, y es allí donde debemos reflexionar con profundidad.

Sirva otro ejemplo en este sentido. En el pensamiento de Carl Marx hay dos momentos distintos: el Marx viejo es el que escribe *El capital*, es el Marx comunista, el filósofo; el Marx joven es el que se adentra en los problemas religiosos, el que lee a san Lucas y el que leyendo este Evangelio llega a la siguiente conclusión: Lucas dice que Dios nos invita a todos a acercarnos a la misma mesa, pero el mundo de los cristianos no es así. Marx viene de una familia judía convertida al cristianismo, y se encuentra con que no es cierto que en Alemania toda la gente se pueda sentar en el mismo banquete; de ahí que saque esta conclusión: si Dios existe, si el Dios de Jesús existe, entonces todos podemos participar de la misma mesa; habrá pan para todos, habrá posibilidades para todos. Pero, como no es cierto que la mesa esté dispuesta y servida para todos, entonces inferirá que Dios no existe. Es la conclusión que Marx saca y complementa con máximas aún más radicales: todo lo que cuentan las religiones es falso; la religión es el opio del pueblo; Dios no existe en ninguna parte, tampoco la posibilidad de que la mesa del mundo sea para todos.

La historia del padre Camilo Torres también es muy dicente a este respecto. En 1965 lanzó su programa, en el que invitaba a que todos pudiésemos sentarnos en la misma mesa en Colombia; pero llega un momento en que Camilo ni siquiera puede seguir celebrando la eucaristía, el medio a través del cual le llega la gente y, por eso, resultado de la injusticia, toma una decisión complicada: luchar por la Revolución. Expresó que solo el día en que la mesa fuera para todos volvería a celebrar la eucaristía, antes no. Los que conocimos a Camilo en esa época, los que nos entusiasmamos con sus mensajes y discursos, los que vimos a un muchacho que estaba empezando a estudiar filosofía, nos quedamos perplejos con su decisión.

No la compartimos, pero entendimos la necesidad de ser honestos con lo que predicábamos sobre Dios, de ser honestos con nosotros mismos y coherentes con el mensaje de paz y justicia entregado por Él.

En realidad, lo que Jesús nos está diciendo a todos es que si en la forma en que vivimos, si en nuestras actitudes cotidianas frente a los que sufren, si en nuestra solidaridad, si en nuestros estudios universitarios no estamos en la lucha para que la mesa sea de todos, para que haya pan y empleo para todos, entonces no hablemos ni prediquemos el mensaje cristiano, porque nadie nos va a entender, no seremos fieles al mensaje de nuestro señor Jesucristo. Este es el desafío profundo: si no estamos en esa lucha, si lo que más nos importa es divertirnos, perdernos en internet y en aparatos tecnológicos, gozar de placeres mundanos, entonces no nos llamemos cristianos, porque la gente se confunde, malinterpreta. El Concilio Vaticano II de hecho habla del ateísmo que se crea cuando los cristianos no somos auténticos con nuestra fe, la cual es inseparable de la lucha por la justicia; ambas forman un mismo mensaje.

Ahora bien, pensemos quiénes están por fuera de la mesa en Colombia. (¿Acaso también podrá decirnos Dios un día: “Es que yo tuve hambre y ustedes no me dieron de comer”, y frente a nuestra sorpresa inquirirá: “¿No seas cobardemente estúpido: era yo el que estaba pasando hambre!”?). Aquí tenemos 4 millones de personas que se acuestan con hambre; en los datos estadísticos tenemos 13 millones de pobres, de los cuales 4 millones son de extrema pobreza. Tenemos también 3 millones que fueron despojados de la tierra, de esta tierra en la que se producía la comida para sus familias. Esto ha sido el resultado de la guerra, por supuesto, pero además el resultado del accionar de los grandes terratenientes, que se apropian ilegalmente de las tierras de los campesinos, sin importarles el sufrimiento causado por los desplazamientos forzados. Tenemos además un desempleo del 10%, que represente a más de 3 millones de personas sin trabajo para comprar comida.

Una realidad de semejantes dimensiones nos tiene que desafiar ética y moralmente, pero también en cuanto actores universitarios, porque estas cosas, para resolverse, no necesitan de una compasión distante, sino de hechos fácticos a través de los cuales nos pongamos del lado de los que sufren. Desde luego, es deber humano darse cuenta de lo que está pasando,

conmoverse por el sentimiento profundo de ver y reconocer al otro que llora, al otro que sufre, al hermano que está desesperanzado y temeroso, porque es la compasión la que suscita en el mundo la responsabilidad, la solidaridad. Moralmente no podemos quedarnos quietos, inmóviles ante estas realidades. Pero, además, hay que poner en funcionamiento la técnica, aplicar los estudios para superar la inequidad y la injusticia social; no podemos resolver las ingentes problemáticas del país sin las ciencias y los saberes, sin el trabajo colectivo de profesionales que contribuyan a identificar y resolver los problemas que afectan a todos aquellos que quedaron por fuera de la mesa.

¿Cómo en Colombia sacamos a la gente de la mesa?

Una pregunta que se plantea mucho por estos días en Colombia es cuál es la causa de la corrupción, donde se originan las más profundas injusticias. En el país, 3000 millones de dólares anuales son robados cada año. Para hacerse una idea de la magnitud de este problema, baste pensar que para poder hacer el plan de carreteras el Estado tuvo que vender a Isagén por 2000 millones de dólares, una empresa extraordinaria de producción eléctrica. A eso hay que sumarle además que los colombianos dejamos de pagar impuestos por valor de 1000 millones de dólares, lo cual es atentar contra nuestra responsabilidad colectiva. En total son 4000 millones de dólares arrebatados de lo público por razón de la corrupción. ¿Qué no pudiéramos hacer con todo ese dinero? Sencillamente, habría pan de sobra para todo el mundo, se sacaría de la pobreza extrema a los cuatro millones de colombianos que no comen o no comen bien, se superaría la condición de pobreza de los trece millones de colombianos; en suma, se recompondría completamente nuestro país.

Una invitación que se deriva es que los jóvenes participen en el espacio de lo público, desde su formación académica y su acción profesional. Esto, de hecho, es una llamada continua que hace la enseñanza social de la Iglesia, pues, al estar el mundo de la política tan tremendamente corrompido, se requieren personas con la formación ética y política que impidan más robos de los bienes públicos —bienes sagrados— de la sociedad.

El engaño es otro ejemplo de cómo se saca a las personas de la mesa. Hoy en día sabemos que en el Sisbén hay 650.000 personas que no deberían estar allí. El Sisbén es para los más pobres, para la gente que tiene, máximo, un salario mínimo; sin embargo, en los últimos datos hemos encontrado que el 20 % de lo que paga el Sisbén corresponde a personas muertas. Además, un 15 % de los que están en el Sisbén son personas que ganan casi \$4.000.000 mensuales y se llevan el dinero de los pobres. También hay en este sistema un grupo importante de personas que ganan entre \$5.000.000 y más de \$10.000.000. ¿Cómo se saca a la gente de la mesa? Si el Sisbén es absorbido por gente que no tiene por qué estar allí, no quedan recursos para atender a los pobres y darles mayor calidad de vida.

Por supuesto, también se excluye a las personas del “banquete público” por motivos de la guerra. En Colombia, este flagelo dañó todo lo que tocó, lejos de solucionar nuestros problemas; la pretensión de los guerrilleros de que con la guerra se iba a llegar a la justicia social era una vil mentira. Todo lo que la guerra fue tocando, lo fue dañando: a las comunidades campesinas, al Congreso, a los partidos políticos, al Ejército, a la justicia. Todo lo que ha hecho la guerra es adentrarnos más y más en la oscuridad, en el dolor, en la incapacidad de resolver nuestros problemas. Ocho millones de víctimas, formalmente registradas y reconocidas en el país, son el resultado de la guerra; así también, 1970 masacres espantosas, de las cuales, según los datos de Memoria Histórica, los paramilitares fueron responsables de 1370, la guerrilla cometió 382 y el Ejército, 250.

Tenemos que preguntarnos: ¿por qué pasó esto entre nosotros? La más radical de las sacadas de la mesa es quitar la vida y las posibilidades de realización. El país ha sacado de la vida a un montón de colombianos: 60.000 desaparecidos, 3000 falsos positivos, 23.000 secuestros... Piénsese en los secuestrados de la Asamblea Departamental del Valle del Cauca, cuyos miembros fueron secuestrados por las FARC, permanecieron en cautiverio durante cinco años secuestrados y la semana en que iban a ser devueltos a la libertad fueron asesinados, con excepción de Sigifredo López, el único sobreviviente.

Los frutos de la guerra han sido 270.000 muertos por combates, de los cuales el 80 % son civiles que mueren de manera injusta. Una historia de país

que arroja tanta gente con hambre, desempleada, excluida, tantas personas sacadas de la mesa, nos obliga a preguntarnos: ¿qué pasó con nosotros, que se supone que somos un pueblo cristiano, inspirado y educado en el Evangelio?

Hoy en día, entre el 92 % y el 95 % de la población colombiana es bautizada. Los católicos y los cristianos tenemos el mismo bautizo y el mismo Evangelio. Frente a esto, quiero compartir una historia. En 1994 los jesuitas teníamos una universidad en Tokio: la Universidad Sofía. Allí fui a una conferencia sobre ética pública; hablamos de los ideales de la ética pública cristiana y católica. En esa época, los niveles de violencia en Colombia eran altísimos: habíamos alcanzado 30.000 homicidios por año, en una población que para ese momento era de unos 38 millones de habitantes. Cuando terminé la conferencia, una japonesa levantó la mano y me preguntó: “¿Usted viene de Colombia?”. Mi respuesta fue afirmativa, y ello prosiguió: “¿Ustedes tienen una población de 38 millones de habitantes?”. Nuevamente afirmé que ella estaba en lo cierto.

Luego ella continuó: “¿Ustedes son católicos? ¿Todos son bautizados? ¿Usted está hablando de la ética que tienen esos bautizados?”. Le hice saber de nuevo que las respuestas eran afirmativas. Y luego la japonesa cerró: “¿Sabe una cosa? Nosotros aquí somos 120 millones. Aquí todos somos budistas y sintoístas. Aquí los católicos, los cristianos, no llegan al millón; así que aquí no somos cristianos. Pero usted está hablando de la ética cristiana. En Japón, que no tiene esta ética, hubo en todo el año 700 homicidios; ustedes mataron 30.000 personas; ustedes mataron en la semana de Navidad el mismo número de personas que este país, que no es cristiano, registró para todo el año. Nosotros somos 110 millones de personas y hubo 700 asesinatos; ustedes son 38 millones, son cristianos, pero mataron 30.000 personas. ¿Cómo entender ese comportamiento? ¿Cómo entender lo que usted ha llamado “ética cristiana”?

Fue una pregunta tremenda, y desde luego me dejó en silencio. ¿Qué le podía yo responder? Ese es ciertamente un interrogante auténtico y profundo que todos nosotros podemos hacernos. ¿Qué pasaba cuando en ese momento sacábamos a tanta gente de la vida? Ese índice de violencia ha bajado a unos 14.000 personas asesinadas por año, pero aún así sigue siendo una cifra terrible. Y esa misma pregunta hay que extenderla al